

Carlo Ginzburg

TENTATIVAS

prohistoria

ediciones

colección *historia moderna* - 2
dirigida por Darío G. Barraera

Primera Edición Argentina, © **prohistoria** ediciones (2004)

Traducción del italiano y del inglés al español de
Ventura Aguirre Durán

Diseño de Portada
Chirola Romero

Edición argentina al cuidado de Darío G. Barrera

© **prohistoria** ediciones (2004)

Tucumán 2253, S2002JVA ROSARIO, Argentina

prohisto@arnet.com.ar

www.prohistoria.com.ar

© Carlo Ginzburg

ISBN: 987-20884-4-6

Impreso en la República Argentina

Hecho del depósito que marca la ley 11723. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, sea eléctrico, químico, mecánico, electrónico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor y de los autores.

Índice

<i>A modo de Introducción: El queso y los gusanos: un modelo de historia crítica para el análisis de las culturas subalternas</i> , por Carlos Antonio Aguirre Rojas	9
<i>Prefacio</i> (Texto inédito, redactado especialmente para su edición en castellano por Carlo Ginzburg).....	39
I <i>El palomar ha abierto los ojos: conspiración popular en la Italia del siglo diecisiete</i>	45
II <i>El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico</i> (Escrito en coautoría con Carlo Poni).....	57
III <i>Huellas. Raíces de un paradigma indiciario</i>	69
IV <i>Intervención sobre el 'paradigma indiciario'</i>	115
V <i>Datación absoluta y datación relativa: sobre el método de Longhi</i>	129
VI <i>De todos los regalos que le traigo al Kaisare... Interpretar la película, escribir la historia</i>	143
VII <i>Pruebas y posibilidades. Comentario al margen del libro El regreso de Martín Guerre de Natalie Zemon Davis</i>	157
VIII <i>Acerca de la historia local y la microhistoria</i>	181
IX <i>Saqueos Rituales. Premisas para una investigación en curso</i>	191
X <i>El inquisidor como antropólogo</i>	215
XI <i>Conversar con Orión</i>	229
Fuentes de los artículos incluidos en este libro.....	241

CAPÍTULO IV

INTERVENCIÓN SOBRE EL 'PARADIGMA INDICIARIO'¹

INTENTARÉ RESPONDER a las preguntas que han surgido, sin responder sin embargo, puntualmente a ninguna. Quizás las tocaré todas o casi todas, pero quisiera recogerlas en un discurso general. Subrayo de inmediato que este ensayo se encuentra todavía en proceso de elaboración:² la versión que ha sido publicada es una versión provisional, lo que hace que esta discusión me resulte particularmente útil. Diré brevemente cómo ha nacido este ensayo, porque tal vez de aquí pueda derivarse ya una primera respuesta a algunas de las preguntas que me han sido formuladas.

Hacia finales del año de 1976, creo, salió publicado un artículo de Fortini en el diario *Corriere della sera* que contenía, en un inciso muy rápido, una valoración crítica, polémica, de dos o tres escritos muy diferentes: uno de ellos era *La configuración del tiempo* del historiador de arte George Kubler, y otro mi libro *El queso y los gusanos*, que cuenta la historia de un molinero del siglo XVI. La impresión expresada por Fortini, si no recuerdo mal, era la de que en estos escritos se perdía el sentido general del proceso histórico. Me he sentido cuestionado por esta crítica; y le estoy muy agradecido a Fortini, porque reflexionando sobre su objeción es que he comenzado esta investigación que por el momento se ha plasmado en este ensayo.

¹ Este texto es la traducción de las dos intervenciones que realizó Carlo Ginzburg en el debate desarrollado el 14 de marzo de 1980, en la Casa de la Cultura de la ciudad de Milán, sobre el tema 'Paradigma indiciario y conocimiento histórico', debate organizado por la revista *Quaderni di Storia* y centrado en la discusión del ensayo del mismo Ginzburg "Huellas. Raíces de un paradigma indiciario", entonces de reciente publicación. La transcripción de dicho debate, incluyendo estas dos intervenciones, se publicó en los mismos *Quaderni di Storia*, año VI, núm. 12, julio-diciembre de 1980. (Nota del traductor).

² Se refiere al ensayo que compone el capítulo 3 de este libro, motivo del debate en el que se insertan estas intervenciones de Ginzburg, y que provoca todos los comentarios a los que él intenta responder.

Me pareció entonces que la muy breve alusión polémica de Fortini ponía en discusión, no sólo mi libro, sino más en general mi propia manera de trabajar. En efecto me ha acontecido, haciendo el trabajo que hago, de terminar ocupándome de manera preponderante de problemas marginales, o considerados como tales, a través de indicios igualmente marginales. Así que la primera raíz del ensayo es, por estos motivos, una suerte de justificación hacia mí mismo, de mi modo de trabajar. Hay aquí un elemento apologético, que no se ha manifestado nunca, en ninguna de las sucesivas redacciones del ensayo, porque una vez iniciada la investigación, es un elemento que sinceramente me ha parecido irrelevante: si lo menciono aquí es sólo porque tal vez puede contribuir a aclarar los términos de la discusión.

He comenzado pues a reflexionar sobre mi manera de trabajar y me he preguntado si esta manera tenía algunos precedentes (ciertamente, no pensaba que fuese un modo de trabajar absolutamente nuevo), y también si sería posible reconstruir una especie de genealogía de ella, en sentido *no* foucaltiano. Entonces me han venido a la mente una serie de escritos muy diversos, leídos en un lapso de tiempo muy largo, y que me habían impresionado particularmente. Y me ha parecido descubrir *a posteriori* una coherencia (¿Tal vez imaginaria? Era una cosa que me preguntaba) que en su momento no había percibido, en torno a una constelación de obras que incluía *Minima moralia* de Adorno, la *Psicopatología de la vida cotidiana* de Freud, *Los reyes taumaturgos* de Marc Bloch, y algunos libros que podría continuar enumerando.

¿Qué era lo que estos escritos, tan diversos entre sí, tenían en común? Me lo he preguntado: y entonces me ha parecido que era posible reconstruir un modo de trabajar difundido no sólo entre los historiadores profesionales, sino más en general, dentro del conjunto de las llamadas ciencias humanas (para usar este término que, de cualquier modo, no me gusta demasiado). Al llegar a este punto el discurso se amplió, para dejar de ser solamente una justificación de mi manera de trabajar. Así que he comenzado a seguir esta pista, tratando de reconectar todas las piezas y de aprender cosas nuevas. Y al avanzar por este camino, me he dado cuenta de que el discurso continuaba ampliando sus horizontes hasta llegar a un problema muy grande, que era el de un cierto estilo o tipo de racionalidad (para retomar el término usado por Vegetti), y que incluso no era ya un problema exclusivamente de esas ciencias humanas, sino una cuestión que contraponía cierto tipo de prácticas cognoscitivas a otras.

He aquí un primer punto: el ensayo contiene todas estas líneas de búsqueda. La primera sólo implícitamente (la justificación de mi modo de trabajar); la segunda de manera explícita; sin embargo, contiene también la tercera (es decir,

la de las implicaciones cognoscitivas de carácter más general). De modo que es posible que al avanzar, haya hecho aflorar problemas que no soy capaz de responder. Esto lo digo inmediatamente no por una falsa modestia, que sería tonta, sino porque me parece que no tiene nada de extraño el hecho de que alguien plantee problemas que son luego recuperados, desarrollados, y criticados por otros.

Y aquí quisiera decir inmediatamente que no tengo ninguna intención de asumir, frente a mi ensayo, una actitud de propietario o de abogado. No me interesa defender lo que he escrito, mi actitud no es ésta. Porque pienso que cuando uno escribe una cosa y la hace pública, la convierte en un instrumento público, en algo similar a un tranvía o a un grifo del que fluye el agua potable: hasta este punto se vuelve algo que pertenece a todos, a los lectores que se sirven de ella –aun en contra de las intenciones del autor–.

Debo decir además que en este ensayo hay un elemento que no acierto a comprender bien, y este elemento es su éxito (una vez más no adoptaré ninguna falsa modestia). Se trata de un éxito que me halaga –todos somos narcisistas y también yo lo soy (aunque no sé si más que otros)–, y por este motivo ese buen éxito me complace. Pero me doy cuenta de que un éxito así de rápido se debe a que este ensayo no dice cosas demasiado nuevas; de otro modo habría debido atravesar en estado de hibernación una fase de falta de dicho éxito. Digamos entonces que en este mismo éxito hay también un elemento que vulnera mi narcisismo.

¿Pero qué cosa se ha encontrado, y tal vez en parte *re*-conocido, en estas páginas? Ciertamente, el espejo de las intervenciones que han aparecido hasta ahora me devuelve imágenes también muy diferentes. Confieso que en algunas de esas imágenes no me reconozco a mí mismo: por ejemplo, como en la intervención de Toni Negri en la revista *Alphabeta*, que he leído en manuscrito y que se ha publicado justamente en estos días. Tengo la impresión de que Negri no ha captado un tema que me parecía que era muy evidente en mi ensayo, y que por el contrario si ha sido captado por Italo Calvino en su artículo publicado en el diario *La Repubblica*:³ la íntima contradic-toriedad de lo que he llamado “paradigma indiciario”.

No había soñado ni de lejos decir que el paradigma indiciario es bueno y es revolucionario: más bien he tratado de mostrar cómo el poder colonial se ha

³ Se refiere al artículo de CALVINO, Italo “L’orecchio, il cacciatore, il pettegolo” publicado en el diario *La Repubblica*, el 20 de enero de 1980. (Nota del traductor).

apropiado de las técnicas de identificación de tipo indiciario de los bengalíes, para oprimirlos mejor. El mismo paradigma puede ser usado como instrumento de subversión o como instrumento de control. Es claro que no es el paradigma indiciario el que nos salvará. Y por ello, es bastante sorprendente para mí que el propio Toni Negri, ubicado en la situación en la que ahora se encuentra, haya desechado este uso que el poder hace del paradigma indiciario, para subrayar unilateral y exclusivamente sus implicaciones subversivas.

Se trata en mi opinión de una lectura deformada de lo que he escrito –pero ni siquiera sueño, respecto a esto, con subirme en el tranvía (para usar la metáfora antes referida) controlando si los pasajeros tienen sus boletos en regla. Pero hay también otra posible distorsión o simplificación –la de los periodistas que han escrito “este autor (es decir yo mismo) ha inventado un nuevo método”. Al leer esto me caigo de las nubes: esta es la última cosa que habría esperado. Para comenzar, todos los historiadores trabajan sobre huellas o indicios, e incluso el historiador que escribe una historia política a partir de las actas parlamentarias. En este sentido, sea sentido estricto o sentido amplio, no hay nada de específico o de nuevo en mi actitud de subrayar la importancia de los indicios.

Sin embargo, es cierto que soy particularmente sensible a este problema de los indicios, puesto que he trabajado sobre problemas documentados de una manera incierta o fragmentaria, y con fuentes profundamente deformadoras como lo son las de los procesos de la Inquisición. Así que se podría decir que los indicios a través de los cuales he reconstruido determinadas creencias de la brujería o también el cosmos de un molinero del siglo XVI, son *más indiciarios* que las actas parlamentarias. Pero como decía antes, desde un punto de vista estricto es posible afirmar (y no creo que Carandini pueda desmentirme) que todos los historiadores trabajan sobre indicios. Pero llegados a este punto resulta claro que proponer un nuevo método a partir de una banalidad parecida no tiene sentido. Diríamos entonces simplemente que este es el método.

Sin embargo, al mismo tiempo Vegetti afirma que “este es un método que no se puede proponer”. Entonces, tratemos de entendernos un poquito. Limitaría el discurso, y diría: me doy cuenta de que este ensayo tiene implicaciones extra-historiográficas, que no alcanzo a controlar. A este respecto me parece que casi todos los que han intervenido en este debate, han vuelto sobre el punto de la contraposición entre paradigma galileano y paradigma indiciario. Y es posible que esta contraposición no sea en realidad tan clara.

Sobre esto les contaré que hace un par de años, al hablar de estas

torno de la revista *Annales*, he sentido como respuesta un gran desinterés: tenían ellos el semblante de decirme ¿pero de cual paradigma indiciario nos estás hablando? Nosotros somos historiadores serios, y en cuanto tales practicamos una ciencia social, provista de un paradigma fuerte. Pero también recientemente, algunos físicos que habían leído mi ensayo han reaccionado de manera opuesta diciéndome: tú crees que nosotros trabajamos en base a un paradigma fuerte pero te equivocas, porque también nosotros trabajamos sobre indicios. En este juego de fuegos cruzados hay tal vez un poco del bovarismo que padecen ciertos historiadores, y también la autoironía de ciertos científicos.

Pero más allá de todo esto, creo que es útil distinguir dos estrategias cognitivas diversas, una de ellas encaminada a reconstruir la norma, más allá de las anomalías individuales (es decir el paradigma galileano) y la otra dirigida, por el contrario, a reconstruir esas anomalías individuales (o sea el paradigma indiciario). Es obvio que el estudio de las anomalías presupone el conocimiento de la norma; pero eso no impide que el fin de estas dos estrategias sea claramente diferente.

Tal vez esta contraposición neta de los dos paradigmas, el de Galileo y el indiciario, refleja mi impaciencia frente a una costumbre muy difundida en la cultura (y, si no me equivoco, también en la política) italiana, que es la de reconstruir mayorías más amplias limando por todas partes las aristas. Frente a esto, confieso tener una gran simpatía respecto al modo de proceder de un gran pensador, muy poco italiano a pesar de las apariencias, que es Nicolás Maquiavelo, y que afirmaba que las cosas están o de una manera o de otra muy diferente. Así que llevar al extremo las contraposiciones me parece algo útil, con fines heurísticos, dado que para los matices intermedios habrá siempre tiempo más adelante. Aunque, de las implicaciones extra-historiográficas de lo que he escrito, no quisiera decir ya ninguna otra cosa.

Me interesa mucho, y me interesaría continuar aprendiendo cosas nuevas para poder escribir la redacción definitiva de este ensayo (como, en efecto, he aprendido al escribir esta versión), pero por el momento quisiera limitar el discurso al ámbito de la historiografía, para ver si es que aquí existe una propuesta de método. Pero no de Método con la 'M' mayúscula, porque desde este punto de vista lo que aquí está contenido es simplemente la descripción del método que todos los historiadores utilizan, sino más bien del método en una acepción más circunscrita, es decir en el sentido en el cual podemos afirmar por ejemplo que el método de Tucídides no es el mismo que el de Braudel (aún cuando ambos trabajen sobre indicios).

En este último sentido, que nos permite hablar de innovaciones y de rupturas metodológicas al interior de una disciplina que en el curso de más de dos milenios ha mantenido intactas muchas de sus características distintivas, creo que podríamos excluir la idea de que en mi ensayo lo que he descubierto es el agua caliente. Digamos más bien que allí se encuentra una cierta propuesta historiográfica, y también una indicación de método correspondiente a esa misma propuesta.

Debo decir que a este respecto hay una cosa que me ha impresionado mucho. En dos ocasiones (si no me equivoco Giorello y también Carandini) se ha dicho: naturalmente que estamos en contra del mito del rigor. Pero yo confieso mantener ese mito del rigor. Así que creo que la creciente indiferencia (e incluso impaciencia) que encontramos ahora en el seno de la disciplina historiográfica y también fuera de ella, frente al problema del control filológico, es algo desastroso. Y me ha sucedido también, recientemente, advertir que el discurso, más que justificado, en torno a la historicidad de los instrumentos historiográficos y a la necesidad de que los historiadores sometan a discusión sus propios instrumentos de investigación, ha sido comprendido como algo que convierte en irrelevante este problema del control.

Por el contrario, pienso que el problema del control es una cuestión enormemente relevante, y sobre todo que ella asume nuevas formas en el momento en el que se agregan objetos historiográficos nuevos. Aunque es claro que aquí se habla (para retomar una expresión de mi ensayo) de "rigor elástico": ya que si suponemos un criterio único de rigor, es evidente que la historiografía no es una ciencia rigurosa. Análogamente: si opinamos que sólo el saber anti-anthropocéntrico es científico en el sentido fuerte, tendríamos que negarle a la historiografía la posesión de esta característica.

Sin embargo, debo decir también que en torno a este punto comparto las exigencias de Schiavone. Así, por ejemplo estoy fascinado con las tentativas de una historiografía tendencialmente anti-anthropocéntrica. Hay un texto notable, traducido también al italiano (aunque no me parece que en Italia haya tenido demasiada fortuna) que es el texto *Une histoire modèle* de Raymond Queneau, y que es una tentativa muy radical, aparentemente paradójica pero muy seria, para proponer una historiografía anti-anthropocéntrica, reconstruyendo de manera hipotética las rigurosas leyes mecánicas que condicionan al proceso histórico. Estoy fascinado, repito, por los proyectos de este orden.

Aunque es verdad que también aquí estaría obligado a contraponer la exigencia de esa historiografía anti-anropocéntrica, con el reclamo de una historiografía que sea capaz de restituir, analizándolo, lo vivido. No obstante, en esta disyuntiva me gustan ambos lados: aunque los contrapongo, los dos me atraen por igual. Recientemente, he leído un ensayo de Paul Veyne sobre Foucault, que terminaba definiendo a Foucault como “el Cézanne de la historiografía”.⁴ No creo que este juicio sea aceptable. No obstante, la idea de un ‘historiador tipo Cézanne’ (curiosamente, esta misma metáfora aparece en Vittorini, que había creído encontrar, exagerando todavía más, al ‘escritor tipo Cézanne’ en Robbe-Grillet) es fascinante. Hay detrás de ella, la idea de reconstruir las estructuras profundas, geológicas, con la misma mirada atenta con la que Cézanne reconstruía la estructura de un paisaje, o de un plato de fruta.

Pero pienso que mi ideal historiográfico sería una historiografía que fuese al mismo tiempo de tipo Cézanne, pero también de tipo Monet –es decir, que nos diese también la fragilidad de lo vivido, de eso vivido que está allí y que se nos escapa, porque no cuenta para nada o casi, o porque sólo cuenta cabalmente para aquél que lo ha vivido. Una historiografía que entonces, acertara lo mismo a reconstruir lo efímero, ese carácter efímero de lo vivido, que la geología profunda en la que esto efímero se inserta. Conozco un historiador que ha avanzado, en mi opinión, en esta justa dirección, y ese historiador es Marc Bloch. Creo que libros como *La sociedad feudal* o *Los reyes taumaturgos* caminan precisamente sobre esta línea, doble pero no contradictoria.

Volvamos al problema del control, vinculado a la emergencia de temas nuevos de investigación. A este respecto, Villari ha dicho una cosa muy justa, afirmando que la propuesta historiográfica de la que estoy hablando no se identifica pura y simplemente con el estudio de los marginados. (Por lo demás este término de “marginados” ha sido utilizado a menudo a diestra y siniestra, aunque cuando se observa más de cerca la cuestión se descubre que en muchos casos esos presuntos marginados estaban plenamente insertos dentro de la estructura social). La cuestión aquí es diferente: de lo que se trata es de estudiar objetos y problemas de los que la historiografía no se ha ocupado habitualmente.

⁴ Carlo Ginzburg se refiere al ensayo de VEYNE, Paul “Foucault révolutionne l’histoire” incluido como Apéndice o Complemento al libro *Comment on écrit l’histoire*, Ed. de Seuil, París, 1978. (Nota del traductor). El mismo ha sido editado, en castellano, por Alianza Editorial.

Está claro que dicho estudio no es suficiente para caracterizar a nuestra propuesta como original, aunque si quisiera decir que una cosa es proponer el estudio de ciertos temas, y otra cosa distinta es el estudiarlos realmente. Estudiarlos de verdad, es algo extremadamente fatigoso. Y no me vanaglorio de sí haberlos estudiado de verdad, porque fue un placer que yo mismo elegí; pero sigue siendo cierto que es algo muy fatigoso.

Ahora bien, no creo que sea suficiente agregar nuevos objetos de investigación a la historiografía; creo más bien que los métodos de investigación y las reglas de control de la historiografía deberían igualmente ser profundamente transformados. Porque esas reglas de control, por ejemplo, tal y como fueron elaboradas desde Valla hasta Maurini, y eventualmente otros, lo han sido para una historiografía que trabajaba sobre fuentes escritas (y además de un cierto tipo), y que era fundamentalmente una historiografía política-diplomática-militar, incluyendo dentro de la historia política también a la historia eclesiástica. Pero en el momento en el que se trata de incluir dentro de la disciplina nuevos continentes historiográficos, se hace necesario renegociar también las reglas.

Pongo un ejemplo: cuando me propongo reconstruir la cultura oral de una sociedad o de un grupo social del pasado, me planteo un problema que es paradójico en sentido estricto, porque, por definición, esa cultura oral se ha volatizado. Puedo, cabalmente, reconstruirla a través de indicios, pero entonces surge la objeción, que me ha sido ya planteada, según la cual las hipótesis derivadas de determinadas conexiones con la tradición oral deberían de rendirse frente a la exhibición de fuentes escritas. En otras palabras, la historiografía tradicional ha sido llevada a otorgar un mayor peso a la fuente escrita simplemente por ser tal fuente escrita.

¿Pero es lícito proceder de esta manera, cuando de lo que se trata es de reconstruir una cultura oral desaparecida? Tengo la impresión de que la actitud de equidad en las confrontaciones de las diversas fuentes (actitud que, si ustedes quieren, es uno de los presupuestos de la filología), encubre el hecho de que, en ciertos casos, la situación se encuentra hasta tal punto alterada que termina por transformar la aparente equidad en injusticia. Me explico mejor.

La producción de las fuentes en una determinada sociedad está ligada de manera directa a las relaciones de fuerza que existen al interior de esa misma sociedad determinada. Esta es una banalidad, pero en mi opinión se trata de una banalidad que no se ha repetido aún de forma suficiente. Los órganos de poder secretan (para servirme de una bella imagen devaluada, positivista, del

caso, a las mujeres, a los niños, a los campesinos, etcétera, advertimos de inmediato una muy fuerte disparidad: las fuentes ligadas a estos sujetos, a estos problemas, están distorsionadas, y aparecen como una suerte de 'fuentes-dados' dentro de un juego en el cual ciertos dados están cargados y pesan más que los otros.

Llegados a este punto ¿no se deberían volver a discutir las reglas de la filología?, ¿no se debería volver a discutir el problema del control, para hacer frente a esta situación injusta en torno al plano de la producción de las fuentes (y no solamente en torno a éste, obviamente)? Porque las relaciones de poder se encuentran inscritas en todas las fuentes. Aunque es claro que esto no implica la abolición completa del control (pues ya he dicho que yo mantengo ese mito del control), sino más bien la individualización del tipo de control, del tipo de rigor, que será necesario aplicar para el estudio de ciertos temas. Se trata de una exigencia que formulo, pero a la que no sabría hacer frente por el momento.

Una última cosa. Me incomoda que una breve anticipación de un estudio que estoy haciendo sobre un bufón del siglo XVII pueda haberle dado a Mario Rosa la impresión de que estoy sumergido en el estudio de los marginados. En realidad es al revés, tanto porque la investigación sobre ese bufón ha hecho surgir algunas cosas que no entran demasiado dentro de esa historia de los marginados, como también porque ahora, por ejemplo, estoy trabajando sobre el tema de los comitentes y de la iconografía de Piero della Francesca. Como puede verse, aquí no existe la marginación, ni las fuentes criminales, ni nada parecido a todo esto. Pero en cambio, sí están presentes los indicios, ¡Ah! ¡y de qué manera están esos indicios allí presentes!

En efecto, soy de la idea de que las investigaciones sobre la cultura oral del pasado, pueden conectarse desde un cierto punto de vista con aquellas pesquisas que intentan reconstruir un programa iconológico que no ha sido conservado (ya sea porque se perdió, o porque no se materializó nunca bajo una forma escrita). En ambos casos, está implícita la paradoja de método que habíamos señalado anteriormente. Aunque desafortunadamente, y con poquísimas excepciones, los iconólogos (tanto italianos, como extranjeros) se aprovechan de esta situación creada por esa imposibilidad del control filológico. Cuando de lo que se trataría, por el contrario, como he dicho, sería más bien de formular las reglas de control adecuadas a este problema y a este tipo de situación documental.⁵

⁵ Aquí concluye la primera intervención de Carlo Ginzburg en este debate. Viene después una segunda ronda de participaciones de diferentes colegas, y luego la segunda intervención de Ginzburg, que

Comienzo por agradecer a todos: a aquellos que han intervenido, por su contribución, y a todos por la paciencia demostrada. Y comenzaré por la intervención de Muzzarelli, porque he vuelto a encontrar en ella la expresión de un estado de ánimo recurrente, que reaparece en todas las discusiones sobre mi ensayo en las que he participado, y que es un estado de decepción, cuando no incluso hasta de irritación. También quisiera decir, por mi parte, que me ha irritado profundamente y me ha afligido el hecho de que Muzzarelli haya asociado mi invitación al rigor con posiciones de derecha. Esta asociación me parece algo penoso, porque es un síntoma de los daños producidos, cabalmente, por una cultura en la que impera la falta de rigor. Digo esto con toda franqueza, para responder a la justa franqueza que ustedes han adoptado frente a mí. (Y en cuanto al adjetivo “académico”, usado para definir mi discurso sobre el control, debo decir que ese calificativo no me ofende, dado que yo trabajo dentro de la academia, y que mi actividad profesional es la de profesor).

Pero volvamos a la decepción mencionada, que tal vez comparten muchos de los aquí presentes (aunque no todos) que han leído mi ensayo. Además, creo que aquellos que se han decepcionado con mi intervención anterior, van a decepcionarse doblemente con la que ahora voy a hacer. Esa decepción, en mi opinión, proviene del hecho de que se me pide una cosa que yo rechazo y que es la de aceptar la ideologización de mi ensayo. Este ensayo se propone ir en contra de la corriente ideológica más difundida; por eso resulta un poco paradójico que se me pida hacerme eco de esa corriente tocando esa misma trompeta ideológica.

Recientemente, me han solicitado que responda por escrito a todos aquellos que han intervenido hasta ahora frente a mi ensayo. Me he rehusado, pero si un día lo hago titularé mi respuesta, invirtiendo una famosa imagen medieval, *Gigantes sobre las espaldas del enano*. El enano soy yo. Porque aquellos que se alzan sobre mis espaldas, pueden descubrir horizontes muy lejanos, que a mí me están vedados. Por mi parte, creo que este ensayo lo que debe ser no es ideologizado, sino discutido, como se ha hecho también aquí, y luego eventualmente continuado, por mí o por otros.

Es muy claro que sí sería posible construir un discurso “de izquierda”, a partir de desarrollar aquel fragmento del ensayo que alude a las nieblas de la ideología en la edad del capitalismo maduro: pero en ese momento, lo que yo sería capaz de decir al respecto, serían solamente cosas genéricas. Encuentro que el tipo de preguntas que van en el sentido de cuestionarme “¿en dónde

estás ubicado?” excede con mucho a aquellas que me preguntan “¿qué cosas estás afirmando?”. Y es éste un mal omnipresente, el de tratar de ubicar a la gente pero sin buscar comprender aquello que la gente está diciendo. Así que pido que mi ensayo sea leído, discutido, contradicho, etcétera: pero que, en cambio, se me pregunte “¿en dónde estás ubicado? Dinos en dónde te colocas o si no hazte eco y ‘toca nuestra misma trompeta’”, eso es algo que encuentro francamente irritante.

Pruebo ahora a responder algunos puntos particulares. Por lo que respecta a los neo-kantianos, debo decir que no los he leído; así que mi conocimiento al respecto es en este caso todo de segunda mano. He decidido no leerlos porque, respecto de mi línea de investigación, que apuntaba a reconstruir modelos de saber ligados a ciertas prácticas sociales específicas, las discusiones de los neo-kantianos me parecían menos interesantes. En cuanto a Lombroso, lo he leído un poco, pero no he realizado en torno a él investigaciones propiamente hablando, pues les recuerdo que éste es un ensayo y no un tratado.

En cuanto al punto planteado por Eva Cantarella sobre el saber de las mujeres, diré solamente que he hablado de las mujeres al final del ensayo, junto a cazadores, marineros, etcétera, como portadores de un saber indiciario. Sin embargo, un amigo mío me ha objetado que las mujeres no cazaban. No sé que problemas plantea esta inclusión de las mujeres en la serie que he mencionado; porque a mí me parece, en ciertos sentidos legítima, pero en otros no. Se trata más bien de una pista de investigación que espero, yo u otros, seguiremos.

Por lo que respecta a la *metis*, también me parece muy justa la observación de Vegetti sobre el significado de la introducción del alfabeto. Se trata de un punto que ameritaría ser examinado, aunque de manera no ideológica, se entiende. Y aquí haría falta estudiar esto en serio, algo que creo se olvida con frecuencia. Porque las cosas no se aprenden de ningún modo simplemente porque están flotando en el aire; aprenderlas es muy cansado, por lo menos para mí, aunque creo que es igualmente duro para todos. ¿O hemos llegado al punto en que subrayar este cansancio o fatiga del estudio significa estar haciendo un discurso de derecha? ¿A este grado hemos llegado ya? Espero que no.

Pasemos ahora a los tres ejemplos de indicios enumerados por Schiavone: la lengua latina de uso, las oscilaciones del precio del trigo, el experimento imaginario de Einstein. ¿En cuál dirección se mueve, al interior del trabajo historiográfico el discurso sobre el modelo indiciario? Respondería: desde el punto de vista de los problemas evocados, en la dirección del primer ejemplo, el de la lengua latina de uso; pero desde el punto de vista de sus pretensiones —y

en este punto me quitó la máscara— en dirección del tercer ejemplo. (Aunque se trata sólo de una tendencia, se entiende). Y a este propósito quisiera introducir otro tema, el tema de la microhistoria. Me he quedado muy sorprendido (aunque me haya sucedido ya antes en otras ocasiones) al constatar que este término, que no uso en mi ensayo pero que alguien ha relacionado con el mismo, suscita reacciones inmediatamente negativas. Villari ha dicho: aquí no se trata, ciertamente, de un problema de reducción de escala. Pero esta vez debo declarar mi desacuerdo frente a esto: en mi opinión de lo que se trata justamente es de la reducción de escala.

El término microhistoria circula ahora mucho, pero sin embargo ejemplos concretos de microhistoria tenemos todavía pocos (aunque espero que se multiplicarán, y haré todo lo posible porque se multipliquen): por consiguiente no sabemos todavía qué cosas sucedan en el momento en que reducimos esa escala de las investigaciones. Pero creo que de una apuesta de este tipo se puede esperar muchísimo. La propuesta de nuevos temas, la introducción de nuevos métodos, la renegociación de las reglas del control: todo esto está ligado a esa reducción de la escala. Y pienso que aquí existe un fuerte malestar en la historiografía actual, como reconoció de manera muy honesta Villari, que ligó este estado de ánimo o malestar difundido con ciertas situaciones de carácter general.

Ahora, si usamos el término “paradigma” en sentido riguroso, es necesario decir que la historiografía es una ciencia preparadigmática. Tenemos varios paradigmas que compiten entre sí, —entre estos el paradigma que se inspira en Marx (y que verdaderamente no es más que uno solo)—, pero que no es el único. Y tengo la impresión de que el único paradigma historiográfico aceptado sea un paradigma negativo. Así que si hoy, un estudioso utilizara el paradigma de Gregorio de Tours, e interpretara cualquier acontecimiento o proceso histórico sirviéndose del instrumento interpretativo aplicado en la *Gesta Dei per Francos* (es decir Dios, que interviene puntualmente haciendo obrar a Tizio o Caio, o hasta a enteros grupos sociales o étnicos, de una cierta manera) ese estudioso se excluiría por sí mismo de la discusión científica.

En otras palabras, existen dentro de la profesión de historiador procedimientos o actitudes interpretativas que son considerados como inaceptables; pero un acuerdo respecto de lo que sí es aceptable, en torno de un paradigma fuerte no lo hay. Y en este tipo de situación se pueden llevar a primer plano ciertas dificultades marginales (y como ven, me remito aquí al modelo de Khun): por ejemplo aquellas ligadas con las limitaciones de la escala de investigación.

Dentro de este ámbito me parece que se pueden realizar experimentaciones interesantes. Porque en esta escala microscópica, de hecho, la posibilidad de conectar entre sí varias series documentales es mucho mayor: y así es posible elaborar reconstrucciones de la trama mucho más densas que aquéllas a las que estamos acostumbrados. Por otra parte, se hacen visibles fenómenos nuevos, en ocasiones no observables dentro de la escala macroscópica.

En general, pienso que estas investigaciones microhistóricas podrían invertir una tendencia ahora antigua, que ha convertido a la historiografía en deudora, respecto del plano de la teoría y de los instrumentos analíticos, de las ciencias sociales. Este no fue el caso, digamos, a finales del siglo XVIII o durante buena parte del siglo XIX, cuando la historiografía le dio cabalmente a la reflexión sobre la sociedad nociones decisivas como la de “sociedad civil”, o también la de “revolución”. Pero desde una buena cantidad de décadas a la fecha, en la balanza de pagos de la teoría, la historiografía registra un déficit claro frente a las demás ciencias sociales. Y ello a pesar de los *Annales*, que después de todo nacieron precisamente alrededor de este programa, que reivindicó la asimilación de los instrumentos teóricos elaborados por las otras ciencias sociales, por parte de la historiografía.

Creo, por el contrario, que a partir de estos análisis históricos de los procesos microscópicos, la historiografía puede adquirir una dimensión teórica original que ha perdido desde hace muchos decenios. El discurso de Michel Foucault sobre los micropoderes no avanza, en mi opinión, mucho más allá de la sola enunciación de un tema, aunque se trata de un tema decisivo. ¿Cómo se transmiten, efectivamente, decisiones que involucran el destino de millares y a veces de millones de personas?, ¿y cómo son introyectadas esas mismas decisiones, y cómo actúan sobre los individuos o sobre los grupos sociales? Todo esto (y muchas otras cosas) sólo lo podemos entender en ese nivel microhistórico.

Tal vez se podría arriesgar la idea de que existe un parangón entre esta mirada microhistórica y la mirada propia del procedimiento del extrañamiento analizada tan acertadamente por Sklovski a partir de ejemplos sacados de Tolstoi. Porque en ambos casos, un alejamiento del punto de mira original es capaz de hacer surgir conexiones y significados distintos de aquellos consagrados y trillados.